

# Afabilidad humana y gloria de Dios

Salvador Bernal

No podía imaginar yo, cuando ediciones Rialp publicó en 1976 la primera edición de mis *Apuntes sobre la vida del fundador del Opus Dei*, que iba a tomar de nuevo la pluma unos cuantos años más tarde para describir mis impresiones del acontecimiento de su beatificación. Menos aún que iba a dar forma a ese relato en un edificio de la calle Diego de León en Madrid, tan entrañablemente ligado a la familia Escrivá de Balaguer.

He de confesar que me han temblado las manos –quienes me conocen saben que soy más bien secundario–, mientras tomaba unas rápidas notas para redactar estas líneas: porque he seguido la ceremonia, a través de la televisión, a muy pocos metros del oratorio al que acudió Josemaría Escrivá una noche de 1942: “Señor, si Tú no necesitas mi honra, yo ¿para qué la quiero?”

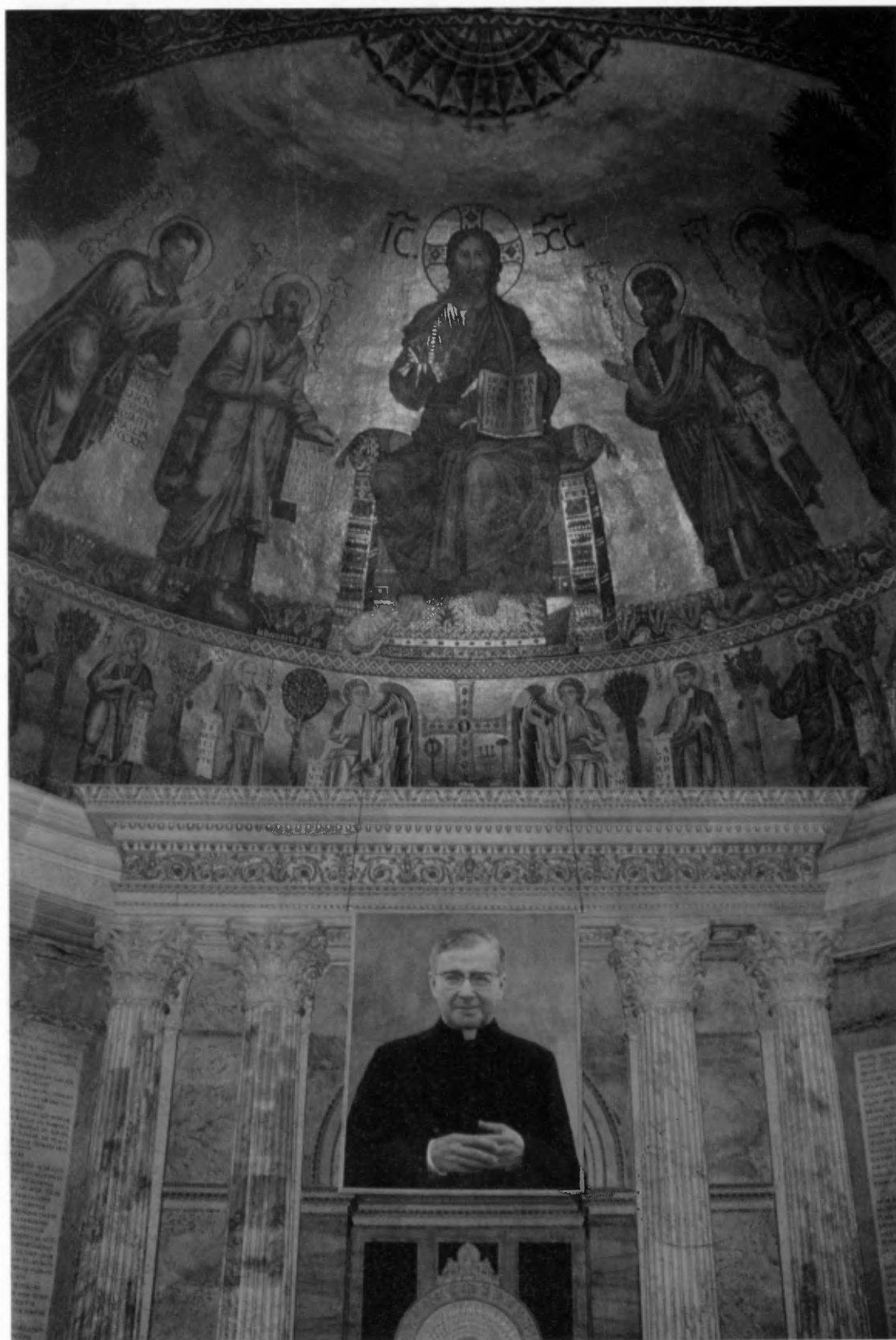
Eran años de postguerra en España. La Iglesia había recuperado la libertad perdida. Para el fundador del Opus Dei, no fueron tiempos de triunfo, sino de cruz. Dios le bendijo con la contradicción de los buenos, como se puede deducir de dos puntos de *Forja*, 803 y 1052, relatados en tercera persona, como si de otro se tratara: *Hijo, óyeme bien: tú, feliz cuando te maltraten y te deshonren; cuando mucha gente se alborote y se ponga de moda escupir sobre ti, porque eres omnium peripsema –como basura para todos...*

Se veía considerado como toda la porquería del mundo, como un pobre guano, y no le era fácil aceptar esa dura Voluntad de Dios, porque tenía un carácter enérgico, sensible a la libertad y a las injusticias, y era bien consciente del valor radical de la buena fama para los hombres. Lo explicaba un día de 1974 en Buenos Aires: “me costaba, me costaba porque soy muy soberbio, y me caían unos lagrimones...”

Pero lo cierto es que acudió de madrugada a ese oratorio –lo tengo a mis espaldas mientras escribo–, se abandonó en las manos de Dios, y renunció a defenderse. Su alma se llenó de paz y de alegría, y pudo desde entonces predicar, con mayor convencimiento aún, que esa desnudez, esa entrega de amor, fundamentada en el dolor, es la fuente de la felicidad.

En *Forja* 1052, quedó estampada la plegaria del fundador del Opus Dei en aquellas horas de desconsuelo: *Jesús mío, ¿qué iba a darte, fuera de la honra, si no tenía otra cosa? Si hubiera tenido fortuna, te la habría entregado. Si hubiera tenido*

Bóveda de San Pablo  
Extramuros.



*virtudes, con cada una edificaría, para servirte. Sólo tenía la honra, y te la di. ¡Bendito seas! ¡Bien se ve que estaba segura en tus manos!*

Apenas ha pasado medio siglo, y esa profunda humildad acaba de ser exaltada por el Papa Juan Pablo II en la plaza de San Pedro.

Tal vez sea deformación profesional, pero, en estos momentos de júbilo, no dejo de pensar en los que no entienden al Beato Josemaría, o le siguen vilipendiando, hasta hoy mismo, sobre todo en España. Sufro por ellos, y lamento que no consigan aproximarse a una figura tan amable. Sin duda, no han tenido las oportunidades de que he gozado yo para estar cerca del fundador y beber en las fuentes cristalinas de su encendido corazón y su inteligencia preclara...

Porque, realmente, desde que vi su rostro por vez primera una mañana de septiembre de 1960 en Pamplona, tengo grabada su sonrisa abierta, su atractiva simpatía, su hondo sentido del humor, su corazón enamorado, su cariño desbordante, su espíritu de comprensión. ¿Cómo no querer a persona tan agradable?

Para escribir mis *Apuntes...*, tuve en cuenta los recuerdos y la opinión de varios cientos de hombres y mujeres. Venían a coincidir unánimemente en destacar su alegría. Su mirada serena y limpia resultaba cordialmente acogedora: era como un reclamo hacia lo divino, lleno de humanidad. Lo expresaba hoy mismo, con palabras sentidas, el Obispo Prelado del Opus Dei, Mons. Alvaro del Portillo, en la tercera página del diario *ABC*: "Muchas veces me han preguntado por el rasgo más característico de la personalidad de Mons. Escrivá. Desde que le conocí, en Madrid, en el año 1935, tuve la clara impresión de estar delante de un hombre de Dios, con un amor que rebosaba celo ardiente por las almas, lleno de cariño y de simpatía. Soy consciente de que recibió muchos dones del Paráclito, pero, cuando trato de describirle –como en este momento–, no acierto a distinguir entre las cualidades que brotaban espontáneamente de su carácter humano, y lo que fue consecuencia de la gracia de Dios y de su propia lucha ascética."

En medio de un júbilo íntimo, surge también del fondo de mi alma como la necesidad de pedir perdón por mis omisiones, por no haber sabido dar a conocer la riqueza espiritual y social de un sacerdote tan amablemente santo y tan sobrenaturalmente humano. Y brota el propósito de dedicar a partir de ahora mucho más tiempo a hacer partícipes a los demás de su santidad y su ternura, con la seguridad de que así más almas se abrirán a las luces divinas, se llenarán de serenidad y contento, con deseos sinceros de dar gloria a Dios sirviendo a los hombres.

Y no olvido que esta senda gozosa es inseparable de la cruz, que aparece siempre, antes o después, cuando del seguimiento de Cristo se trata. Por la gracia de Dios, con la confirmación solemne de la Sede Apostólica, el Beato Josemaría, que ha abierto caminos divinos en la tierra, nos ayudará a recorrerlos con garbo humano y sosegada tenacidad.

© *by* EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.